

rico Guillermo III, rodeado de hombres débiles, por miedo a cualquier resolución valiente que lo enemistara con uno u otro bando y le obligara a una colaboración desembozada, perdió todas las ocasiones; se malquistó con Napoleón; fué abandonado en la encrucijada por Alejandro I, y finalmente tuvo que sostener por sí solo la campaña, que temió realizar en compañía de los otros. Le ocurrió lo que ha ocurrido y ocurrirá siempre a quien se impone a sí mismo un designio absoluto del mantenimiento de la paz, pues se verá obligado a hacer y a perder la guerra.

Quien olvide que toda política es una lucha, perderá también la capacidad de luchar y, cuando se vea obligado a hacerlo, será vencido indefectiblemente. Tal fué también el final de la política pacifista de Prusia. Una desgracia: la herida mortal del comandante en jefe y la incapacidad militar del rey y de sus generales, llevaron en Jena, el 14 de octubre de 1806, al aniquilamiento del ejército y, con ello, también del estado prusiano. Tampoco la ayuda rusa, que intervino con retardo, pudo salvarlo. En la paz de Tilsit (1807), Prusia quedó limitada a sus territorios al este del Elba, por la devolución de todas sus conquistas polacas; oprimida por ocupaciones y reparaciones de guerra, despojada de su armamento militar. La Alemania occidental a la derecha del Rin se tornó francesa, en parte por una simple incorporación, en parte en forma de estados vasallos: el reino de Westfalia y el gran ducado de Berg.

Napoleón se había propuesto algo peor todavía: hubiera querido hacer desaparecer también a Prusia. Sólo la oposición del zar lo impidió, porque éste deseaba mantener entre Rusia y Francia algo así como una pared divisoria, aunque se tratara de un débil paragolpes. De otra manera, el negocio del reparto entre oriente y occidente hubiera sido realizado en forma total. Pero también así, como for-

mación política de peso, Alemania desaparecía del mapa europeo.

Quedaba un estado austríaco, pero enteramente excluído de Alemania. Su población era en su mayoría eslava, magiar e italiana; sus intereses se hallaban en cualquier parte, menos en Alemania. Había pequeños estados alemanes; pero eran vasallos de Francia, obligados a proporcionar tropas y a pagar contribuciones. Francia se extendía realmente hasta el Elba. Los ensueños de los contemporáneos de Luis XIV se habían cumplido; el imperio de Carlomagno estaba reconstituído, y, con razón, Napoleón, que lo había realizado, llevaba la corona imperial que él mismo se había colocado ya en 1804. Era la corona alemana, que había pasado a Francia. Para eliminar cualquier duda, la lengua francesa fué introducida como idioma oficial en el reino de Westfalia y en el Hamburgo francés.

Quien conozca los siglos precedentes, no verá en ello el capricho aventurero de un acaso militar. Fué la conclusión de una larga y desgraciada evolución; culminaba en ella una consecuencia lógica. Francia, madurada desde largo tiempo en un estado nacional unido; Alemania desde hacía siglos en marcha hacia su disolución: cuando una vez ambas llegaran a las manos, sin que acudiera una ayuda oportuna de afuera, el destino alemán estaría definido.

Es cierto, la debilidad y la incomprensión habían colaborado para eso del lado alemán. Pero ¿cuándo faltan en la vida humana estos factores? ¿Y tan luego en la historia alemana? ¿Qué raras son, sin embargo, las excepciones, cuando el personaje oportuno está en su justo lugar, cuando el talento político logra asumir la dirección! Un calculador hubiera podido decir de antemano: si alguna vez chocan Francia, compacta y dura como el acero, y Alemania, divi-

dida y desmenuzada, puede apostarse diez contra uno a que se perderán las fuerzas alemanas existentes, porque la incapacidad tradicional de quienes disponen de ellas, ha de procurar que sean empleadas a destiempo y en lugar equivocado. Hasta la insuficiencia de Federico Guillermo II y III nada tenían de sorprendentes. El que conoce la historia alemana debía esperar algo así. Esto también estaba dentro de las líneas de la tradición y de la evolución.

El destino histórico se había cumplido. Con mucha mayor razón que en 1648, se podía preguntar ahora: ¿existía aún una esperanza, un porvenir?

CAPÍTULO UNDÉCIMO

El despertar de la personalidad alemana — El florecimiento del espíritu alemán — La poesía — La música — Federico el Grande — El cosmopolitismo — La desilusión — La dominación extranjera — Prusia y Alemania — La liberación — La reconstitución de Alemania — La confederación alemana.

El 7 de julio de 1807, se concertó en Tilsit la paz entre Francia y Rusia, a la que Prusia tenía que someterse, y que sellaba la aniquilación de Alemania.

Esto era lo que había hecho del país la política de los príncipes, de los gobiernos y los hombres de estado, no en una hora desdichada, no sorprendidos y violentados repentinamente por el destino, sino en siglos de larga labor, anudando una generación a otra, perpetuando los unos a los otros, en una evolución estrictamente lógica, que, a pesar de reacciones ocasionales, proseguía infaliblemente hacia su meta final. Se puede decir sin exageración: en julio de 1807 halló su conclusión provisional lo que había comenzado seis siglos antes. La liquidación estaba completa. Todavía quedaba un saldo; pero lo que, en una aparente independencia, aun mantenía vivo el recuerdo de una Alemania anteriormente libre, se asemejaba más o menos a Polonia, tal cual era entre el segundo y el tercer reparto.

En el invierno siguiente (1807-08), un filósofo dió en Berlín una serie de conferencias, que aparecieron en seguida también impresas: "Discursos a la Nación Alemana", de Johann Gottlieb Fichte. El autor se dirigía —como lo